

Francisco Fernández Carvajal

## LA ALEGRÍA

- Tiene su fundamento en la filiación divina.
- Cruz y alegría. Causas de la tristeza. Remedios.
- El apostolado de la alegría.

I. Cuando el mundo surgió de las manos de Dios, todo desbordaba bondad, y esta tuvo su punto culminante con la creación del hombre<sup>1</sup>. Pero con el pecado llegó al mundo el mal, y como hierba mala arraigó en la naturaleza humana. Unida siempre al bien, la alegría verdadera vino plenamente a la tierra aquel día en que Nuestra Señora dio su consentimiento y en su seno se encarnó el Hijo de Dios. En Ella ya reinaba un profundo gozo, porque había sido concebida sin el pecado de origen y su unión con Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo era plena. Con su respuesta amorosa a los designios divinos se convierte en causa, en todo el sentido de la palabra, de la nueva alegría del mundo, pues en Ella nos llegó Jesucristo, que es el *júbilo pleno* del Padre, de los ángeles y de los hombres: en quien Dios Padre tiene puestas todas sus complacencias<sup>2</sup>, y la misión de Santa María, entonces y ahora, es darnos a Jesús, su Hijo. Por eso llamamos a Nuestra Señora *Causa de nuestra alegría*.

Hace pocas semanas contemplábamos el anuncio del Ángel a los pastores: *No temáis, pues vengo a anunciaros una gran alegría, que lo será para todo el pueblo: hoy en la ciudad de David...*<sup>3</sup>. La alegría verdadera, la que perdura por encima de las contradicciones y del dolor, es la de quienes se encontraron con Dios en las circunstancias más diversas y supieron seguirle: es la alegría colmada del anciano Simeón al tener en sus brazos al Niño Jesús<sup>4</sup>; o el inmenso gozo *-gaudio magno valde*<sup>5</sup> – de los Magos al encontrar de nuevo la estrella que les conducía hasta Jesús, María y José; y la de todos aquellos que un día inesperado descubrieron a Cristo: *¿Por qué no le habéis prendido?*, preguntarán más tarde los príncipes de los sacerdotes y los fariseos a los servidores, que posiblemente se ganaron un arresto o un despido al desobedecer: *Es que jamás hombre alguno -dijeron- habló nunca como este hombre*<sup>6</sup>; es la dicha de Pedro en el Tabor: *Señor, bueno es quedarnos*

*aquí*<sup>7</sup>; o el júbilo que recuperan, al reconocer a Jesús, dos discípulos que caminaban hacia Emaús con profundo desaliento...<sup>8</sup>; y el alborozo de los Apóstoles cada vez que ven a Cristo Resucitado...<sup>9</sup>. Y, entre todas, la alegría de María: *Mi alma glorifica al Señor, y mi espíritu está transportado de alegría en Dios, salvador mío*<sup>10</sup>. Ella posee a Jesús plenamente, y su alegría es la mayor que puede contener un corazón humano.

La alegría es la consecuencia inmediata de cierta plenitud de vida. Y para la persona, esta plenitud consiste ante todo en la sabiduría y en el amor<sup>11</sup>. Por su misericordia infinita, Dios nos ha hecho hijos suyos en Jesucristo y partícipes de su naturaleza, que es precisamente plenitud de Vida, Sabiduría infinita, Amor inmenso. No podemos alcanzar alegría mayor que la que se funda en ser hijos de Dios por la gracia, una alegría capaz de subsistir en la enfermedad y en el fracaso: Yo *os daré una alegría* -había prometido el Señor en la Última Cena- *que nadie os podrá quitar*<sup>12</sup>. Cuanto más cerca estamos de Dios, mayor es la participación en su Amor y en su Vida; cuanto más crezcamos en la filiación divina, mayor y más tangible será nuestra alegría. ¿Es alegre, positivo, optimista, mi modo habitual de ser y de comportarme? ¿Pierdo fácilmente la alegría por una contradicción, por un contratiempo? ¿Me dejo llevar con frecuencia por los estados de ánimo?

II. ¡Qué distinta es esta felicidad de aquella que depende del bienestar material, de la salud ¡tan frágil!, de los estados de ánimo ¡tan cambiantes!, de la ausencia de dificultades, del no padecer necesidad...! Somos hijos de Dios y nada nos debe turbar; ni la misma muerte.

San Pablo recordaba a los primeros cristianos de Filipos: *Alegraos siempre en el Señor; os lo repito, alegraos*<sup>13</sup>. Y les señalaba enseguida la razón: *El Señor está cerca*. En medio del ambiente difícil, a veces duro y agresivo, en el que se movían, el Apóstol les indica la mejor medicina: *estad alegres*. Y es admirable este mandato del Apóstol, pues cuando él escribe esa *Carta* está encadenado en la cárcel. Y en otra ocasión, en circunstancias extraordinariamente difíciles, escribirá: *abundo y sobreabundo de gozo en todas mis tribulaciones*<sup>14</sup>. Para la verdadera alegría nunca son definitivas ni determinantes las circunstancias que nos rodeen, porque está

fundamentada en la fidelidad a Dios, en el cumplimiento del deber, en abrazar la Cruz. «¿Cómo es posible estar alegres ante la enfermedad y en la enfermedad, ante la injusticia y sufriendo la injusticia? ¿No será esa alegría una falsa ilusión o una escapatoria irresponsable?: ¡no! La respuesta nos la da Cristo: ¡solo Cristo! Solo en Él se encuentra el verdadero sentido de la vida personal y la clave de la historia humana. Solo en Él –en su doctrina, en su Cruz Redentora, cuya fuerza de salvación se hace presente en los Sacramentos de la Iglesia– encontraréis siempre la energía para mejorar el mundo, para hacerlo más digno del hombre, imagen de Dios, para hacerlo más alegre.

«Cristo en la Cruz: esta es la única clave auténtica. En la Cruz, Él acepta el sufrimiento para hacernos felices; y nos enseña que, unidos a Él, también nosotros podemos dar un valor de salvación a nuestro sufrimiento, que así se transforma en gozo: en la alegría profunda del sacrificio por el bien de los demás y en la alegría de la penitencia por los pecados personales y los pecados del mundo.

»A la luz de la Cruz de Cristo, por tanto, no hay lugar para el temor al dolor, porque entendemos que en el dolor se manifiesta el amor: la verdad del amor, de nuestro amor a Dios y a todos los hombres»<sup>15</sup>.

En el Antiguo Testamento ya había dicho el Señor por boca de Nehemías: *No os entristezcáis, porque la alegría de Yahvé es vuestra fortaleza*<sup>16</sup>. En efecto, la alegría es uno de los más poderosos aliados que tenemos para alcanzar la victoria<sup>17</sup>, un admirable remedio para todos los males. Este gran bien solo lo perdemos por el alejamiento de Dios (el pecado, la tibieza, la desgana en el trato con Dios, el egoísmo de pensar en nosotros mismos), o cuando no aceptamos la Cruz, que nos llega de formas tan diversas: dolor, enfermedad, fracaso, contradicción, cambio de planes, humillaciones... La tristeza hace mucho daño en nosotros y a nuestro alrededor. Es una planta dañina que debemos arrancar en cuanto aparece: *Anímate, pues, y alegra tu corazón, y echa lejos de ti la congoja; porque a muchos mató la tristeza. Y no hay utilidad alguna en ella*<sup>18</sup>.

En cualquier circunstancia que tienda a abatirnos podemos recuperar la alegría si sabemos abrir el corazón: hablar, airear el alma. Cuando acudimos a la oración o

vamos con corazón contrito a la Confesión tomamos una actitud eficaz para encontrar el camino de la alegría, sobre todo cuando se perdió a causa del pecado o de descuidos culpables en el trato con el Señor. El olvido de sí mismo, el no andar excesivamente preocupados de las propias cosas, la humildad, en definitiva, es condición imprescindible para abrirnos a Dios como buenos hijos, fundamento de toda alegría verdadera. En la oración confiada –que es hablar con Dios– surgirá la aceptación de una contrariedad (quizá la causa oculta de ese estado triste), o la decisión de abrir el alma en la dirección espiritual –para decir aquello que nos preocupa–, o de ser generosos en eso que Dios nos pide y que quizá –por nuestras escasas luces– nos cuesta darle.

III. El apostolado que nos pide el Señor es, en buena parte, sobreabundancia de alegría sobrenatural y humana, transmitir la alegría de estar cerca de Dios. Cuando esta «se derrama en los demás hombres, allí engendra esperanza, optimismo, impulsos de generosidad en la fatiga cotidiana, contagiando a toda la sociedad.

»Hijos míos –decía el Papa Juan Pablo II–, solo si tenéis en vosotros esta gracia divina, que es alegría y paz, podréis construir algo válido para los hombres»<sup>19</sup>.

Un campo importante, donde debemos sembrar mucha alegría, es en la familia. La nota dominante en el propio hogar ha de ser la sonrisa habitual –aunque estemos cansados, aunque tengamos asuntos que nos preocupen–, y entonces esta manera optimista, cordial, afable, de comportarnos es también «la piedra caída en el lago»<sup>20</sup>, que provoca una onda más amplia, y esta otra más: acaba creando un clima grato en el que es posible convivir y en el que, con naturalidad, se desarrolla un apostolado fecundo con los hijos, con los padres, con los hermanos... Por el contrario, un gesto adusto, intolerante, pesimista, reiterativo.... aleja a los demás de uno mismo y de Dios, crea nuevas tensiones y con facilidad se falta a la caridad. Dice Santo Tomás que nadie puede aguantar ni un solo día a una persona triste y desagradable; y, por tanto, todo hombre está obligado, por un cierto deber de honestidad, a convivir amablemente (con alegría) con los demás<sup>21</sup>. Vencer los estados de ánimo, el cansancio, las preocupaciones personales, será siempre una mortificación muy grata al Señor.

Este espíritu alegre, optimista, sonriente, que tiene como fundamento hondo la filiación divina, hemos de extenderlo al trabajo, a los amigos, a los vecinos, a esas personas con las que quizá solo vamos a tener un breve encuentro en la vida: al cliente que ya no veremos más, al enfermo que una vez sano ya no deseará ver al médico, a esa persona que nos ha preguntado la dirección de una calle... Se llevarán de nosotros un gesto cordial, y el haberles encomendado a su Ángel Custodio... Y muchos encontrarán en la alegría del cristiano el camino que conduce al Señor, que quizá de otra manera no hallarían.

«¡Cómo sería la mirada alegre de Jesús!: la misma que brillaría en los ojos de su Madre, que no puede contener su alegría —“Magnificat anima mea Dominum!” —y su alma glorifica al Señor, desde que lo lleva dentro de sí y a su lado.

»¡Oh, Madre!: que sea la nuestra, como la tuya, la alegría de estar con Él y de tenerlo»<sup>22</sup>. Junto a Ella hacemos hoy un «propósito sincero: hacer amable y fácil el camino a los demás, que bastantes amargas trae consigo la vida»<sup>23</sup>.

**1** Cfr. *Prov* 8, 30-31. — **2** Cfr. *Mt* 3, 17. — **3** *Lc* 2, 10. — **4** Cfr. *Lc* 2, 29-30. — **5** Cfr. *Mt* 2, 10. — **6** *Jn* 7, 46. — **7** *Mc* 9, 5. — **8** Cfr. *Lc* 24, 13-35. — **9** Cfr. *Jn* 16, 22. — **10** *Lc* 1, 46-47. — **11** Cfr. SANTO TOMÁS, *Suma Teológica*, 2-2, q. 28, a. 4 ss. — **12** *Jn* 16, 22. — **13** *Flp* 4, 4. — **14** *2 Cor* 7, 4. — **15** A. DEL PORTILLO, *Homilía en la Misa para los participantes en el Jubileo de la juventud*, 12-IV-1984. — **16** *Neh* 8, 10. — **17** Cfr. *1 Mac* 3, 2 ss. — **18** *Eclo* 30, 24-25. — **19** JUAN PABLO II, *Discurso* 10-IV-1979. — **20** Cfr. SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Camino*, n. 831. — **21** SANTO TOMÁS, *o. c.*, 2-2, q. 114, a. 2 ad 2. — **22** SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Surco*, n. 95. — **23** *Ibidem*, n. 63.

† Nota: Ediciones Palabra (poseedora de los derechos de autor) sólo nos ha autorizado a difundir la meditación diaria a usuarios concretos para su uso personal, y no desea su distribución por fotocopias u otras formas de distribución.